



RECENSIONES

Francisco SERRAT BONASTRE. *Salamanca, 1936. Memorias del primer “ministro” de Asuntos Exteriores de Franco*, Edición y estudio de Ángel Viñas, Barcelona, Crítica, Editorial Planeta, 2014, 320 págs., por **Ricardo Miralles** (Universidad del País Vasco).

Ángel Viñas publica y publica de una manera que el resto de los mortales no podríamos hacer ni en unas cuantas vidas sucesivas! y sucede que uno está reseñando su “último” libro cuando se entera de que éste ha pasado a la categoría de penúltimo o antepenúltimo, pues acaba de sacar al mercado otro nuevo. Es el caso de éste que ahora comento, su *Francisco Serrat Bonastre. Salamanca, 1936*, que ha dejado de ser el último pues ya hay más Viñas en el mercado historiográfico.

Uno de los hechos más elogiados de Ángel Viñas es que sus libros son auténticos catálogos de fuentes (que consultar), de autores (a los que leer y con los que polemizar) y de bibliografía (que acopiar). De ahí que Viñas deje al historiador, o al simple lector, una senda trazada por la que transitar para comprobar la validez de lo propuesto o para, eventualmente, enriquecerlo.

Encontrarse con un volumen que lleva por título, o mejor, por subtítulo, *Memorias del primer “ministro” de Asuntos Exteriores de Franco*, es todo un estímulo para el lector dispuesto a descubrir, ¡por fin!, las líneas de la política exterior del primer franquismo. Y, sin embargo, tal cosa no sucede, no por demérito del editor, Viñas, sino por la contención del memorialista, el “ministro” Serrat Bonastre. Por tanto, una cierta decepción surge de no poder colmar el vacío de una necesidad historiográfica perentoria: la del análisis de la política exterior y de su soporte orgánico, la carrera diplomática, de la España franquista durante la guerra civil. Como dice Viñas, desgraciadamente ésta, aún “no dispone de una buena visión de conjunto”. De hecho, por paradójico que parezca, se conoce mejor la política exterior republicana que la franquista. Y si de periodos hablamos, quizás el menos conocido de todos los que incluyen el franquismo, sea éste que abarca el primer año de guerra, debido –como indica Viñas– en gran parte a la inaccesibilidad, pérdida o sustracción de documentación del archivo de Presidencia de Gobierno, en donde se guardó en los años cuarenta del pasado siglo todo lo producido por la Junta Técnica de Estado.

Pero que con estas *Memorias* no pueda reconstruirse *in extenso* ese periodo germinal de la política exterior franquista, no quiere decir que no ofrezcan datos importantísimos sobre el (mal) modo, la (improvisada) forma y el (vacuo) contenido de aquella administración (exterior) naciente. Sólo por esto, las *Memorias* de Serrat son de un enorme valor: por revelar el ambiente de caos de aquel Estado en formación, a la vez que la impericia (en política exterior, al menos) de su máximo ejecutor, el general Franco.

¿QUIÉN FUE FRANCISCO SERRAT BONASTRE?

En julio de 1936, el catalán Francisco Serrat Bonastre era embajador de la República española en Varsovia y, dentro de la carrera diplomática, estaba en aquel momento de su vida a la cabeza del escalafón. Se pasó a los sublevados en agosto y en octubre se le ordenó –para su sorpresa– que se presentara de inmediato en España para asumir la dirección de las relaciones exteriores de la incipiente dictadura. Serrat obedeció y el 11 de octubre de 1936 nos lo encontramos instalado en un hotel de Burgos, comenzando a trabajar para el Cuartel General del general Franco como su primer Secretario de Relaciones Exteriores, o, como dice Viñas, su primer protoministro del ramo. Pues bien, estas *Memorias* narran y describen sus experiencias, entre Burgos y Salamanca, ciudad esta última en la que el Caudillo había establecido su Cuartel General.

El principal interés de estas *Memorias* es, en primer lugar, su validez objetiva: son los recuerdos de un protagonista que escribió para sí mismo, con lo que cabría calificarlas de memorias fiables. Nada que ver estas memorias, por lo tanto, con otras destinadas a la publicación como las de Luis Moure Mariño, José Ignacio Escobar, Antonio Ruiz Vilaplana, Pedro Sainz Rodríguez, Ramón Serrano Suñer (tantas veces reescritas) o Eugenio Vegas Latapié, ni con las obras testimoniales, que abordaron el ambiente y la gestión de la política exterior en el tiempo de guerra, como las de los embajadores Francisco Agramonte (*El frac a veces aprieta*) o Antonio Villacieros (*Así vi mi tiempo. Recuerdos de un Diplomático*, que llegó a ser Jefe de Protocolo del rey Juan Carlos hasta 1980), que no hacen sino ensalzar la línea propagandística del régimen de Franco.

No menos interés tiene el tramo cronológico que abarcan estas memorias¹, pues se centran en ese periodo “oscuro”, entre octubre de 1936 y abril de 1937, que es el menos conocido de la acción exterior del nuevo Estado.

LA IMPOSIBLE ACCIÓN ADMINISTRATIVA DE SERRAT BONASTRE

Serrat centra su relato en la combinación de las necesidades de política exterior de la naciente dictadura (a la que como tal califica), la acción de las personas que la fueron formulando (especialmente los hermanos Franco), la atmósfera venenosa en Burgos y en Salamanca y el ambiente que reinaba en el Cuartel General.

Un hombre culto, metódico y perteneciente a la carrera, no pudo hacer nada de provecho con aquel ambiente que fue percibiendo –y describiendo– como caótico, fruto de la improvisación y la desidia, plagado de combates corporativos y de falta de interés y competencia en las alturas. En definitiva, se estaba gestando una administración no sólo ayuna de algún plan de acción estratégico, sino carente al menos de algunos planteamientos algo encauzados. El desbarajuste y la ausencia de ideas lo presidían todo, un panorama hasta ahora no suficientemente conocido –cuando no desconocido– de los comienzos de la dictadura en materia tan delicada como la política exterior.

En el ámbito del que mejor podía ocuparse –y para el que supone que se le llamó–, la política y el servicio exterior del nuevo Estado, Serrat trató de poner un poco de orden, sin conseguirlo. No pudo con el descontrol y la inseguridad de la administración diplomática: “ las ansias de puestos, las querellas burocráticas y las envidias de los ‘trepas’ por subir en el escalafón aparecen entre bastidores en un análisis descarnado de la escasa eficiencia en la gestión de recursos”, escribe Viñas. La intriga y la corrupción (a la cabeza de la cual, el hermanísimo, Nicolás Franco) reinaban por doquier.

¹ Que no son más que una parte de su extensa obra, que, por lo visto, abarca una decena de volúmenes –según cuenta Viñas.

Con ser graves esas intrigas y corrupciones, más lo eran que reinaran, sobre todo, la inconsistencia y la incompetencia en la materia del otro hermano, el general Francisco Franco. Este sí fue un motivo de decepción de un hombre como Serrat que, desde el principio se sumó a la sublevación y se declaró exaltado admirador del general. Por eso su frustración ante el personaje fue creciendo a medida que lo iba conociendo. Según se desprende de sus *Memorias*, Serrat salía siempre con un enfado íntimo de sus despachos con Franco: el Generalísimo tenía graves problemas para mantener la concentración en el mismo tema más de cinco minutos. Como si en lugar de estar despachando con un estadista, Serrat estuviera ante un personaje de poca monta, con fuerte tendencia a la dispersión. O, como dice Viñas, la impresión de Serrat es que “Franco se distraía y se daba a la charleta. No estaba volcado en la tarea de gobernar”. He aquí, por ejemplo, la impresión con la que salió Serrat Bonastre de su primera reunión con Franco: “apenas planteaba yo una cuestión concreta sobre política exterior, se me iba por las ramas, volviendo al relato de la acciones militares, o se perdía en comentarios sobre los manejos de ‘los rusos’ o las atrocidades de ‘los rojos’, sin contarme nada nuevo”.

El diplomático, por tanto, salía siempre confuso del despacho. Como si estuviera delante de un jefe incapaz de centrarse y gestionar los numerosos conflictos del día a día. Así concluía Serrat su primera impresión sobre Franco como gestor de gobierno: “me pareció un hombre ecuánime, en medio de tanta pasión, ponderado y sereno. Sin embargo diría que esta misma serenidad, unida a la vaguedad de pensamiento que ya he señalado, producía una impresión de falta de energía. La languidez de la conversación (a la que yo mismo hube de poner fin), las interrupciones del teléfono, de los ayudantes y de otros oficiales, no daban el sentimiento de un hombre preocupado por un trabajo agobiante”.

Evidentemente, Serrat llegó a una conclusión rápida: Franco no tenía ni idea de temas internacionales, por lo que cometía desatinos y pequeños desastres casi a diario. Pero, sobre todo, su impericia le hizo desperdiciar ocasiones de mejorar la posición internacional de España –como hubiera esperado un diplomático de oficio–, de manera que firmemente sujeto a sus valedores, Hitler y Mussolini (y, en mucho menor medida, Salazar), quedó amarrado a ellos, sin ni siquiera imaginar opciones de mayor independencia de acción para el nuevo Estado.

LA PERCEPCIÓN DEL AMBIENTE: EL TESTIGO SERRAT BONASTRE

Las *Memorias* de Serrat Bonastre tienen un segundo punto de interés, que añaden valor a las mismas: su descripción del ambiente de inseguridad jurídica ¡y física! en la que se vivía en aquella mitad de España dominada por el nuevo Estado. Esto tampoco le gustó, cosa que le hizo cauto y desconfiado, llevándolo a cerrar súbitamente su etapa en España a los pocos meses de haber llegado y, por fin, impulsándolo a partir al extranjero.

Ángel Viñas califica el malestar de Serrat ante lo que veía a diario, en Salamanca o en Burgos, como “el desencanto de un hombre de derechas” y resume así las causas del malestar: Ni se “fio” ni se dejó “embaucar” por la Falange y por los militares; “advirtió muy temprano la incapacidad de Franco” y fue consciente pronto del clima de “inseguridad reinante” que derivaría en represión aleatoria. “Siempre quiso evitar la proliferación de situaciones de arbitrariedad (...) [pero] buscar la racionalidad en un contexto profundamente irracional e ‘hiperpatriotizado’ era un empeño con escasas perspectivas”.

En palabras del propio Serrat, “como ocurre siempre en las situaciones de fuerza, se habían dictado disposiciones draconianas para perseguir a los traidores y enemigos del régimen. Se había creado una forma de delito llamado ‘de auxilio a la rebelión’, que no creo figure en ningún código. Este concepto genérico se aplicaba a troche y moche para detener y empapelar a todo individuo que

inspirase sospechas o simplemente que fuera objeto de una delación insidiosa. Los juzgados militares, organizados en gran parte con elementos de aluvión, trabajaban como si no tuvieran otra finalidad que encausar a la humanidad entera. Se susurraba de muchas atrocidades que no estoy en el caso de comprobar pero, por lo poco que he visto de cerca, he de confirmar que por lo menos se obraba con una ligereza y una ineptitud desconsoladora”. El panorama que describía Serrat era más que intranquilizador; directamente lo calificaba de ambiente de terror: “El infeliz paisano se encontraba a merced de cualquier botarate que llevara camisa azul o boina roja. Lo menos que se decía era fusilar. Este era el remedio para todo. Todos rivalizaban en celo exterminador. Se vivía en un ambiente de terror”.

EXILIO, PERSECUCIÓN, DEPURACIÓN Y MUERTE DE FRANCISCO SERRAT BONASTRE

Serrat fue cesado, en medio de intrigas del Cuartel General y de otros miembros del servicio exterior a finales de febrero de 1937. Se las ingenió entonces para salir –huir, más bien– de España, a donde no regresó hasta 1950.

Su relato de su salida de España por la frontera de Irún no deja lugar a dudas de su “desafección” hacia lo que dejaba atrás: “cuando el coche empezó a correr por la carretera [en territorio francés], a través del paisaje sonriente y tranquilo, no sabía si aquello era un sueño o si, por el contrario, el despertar de una tremenda pesadilla”. Que alguien como Serrat, que –como señala Viñas– “no tenía ninguna duda, ni antes ni después de su desengaño con el franquismo, de que la guerra era justa y necesaria para parar la presunta bolchevización de España” calificara de “pesadilla” lo que había vivido es el mejor exponente del ambiente limitado, represivo y carente de reglas del nuevo Estado. Algo superior a las fuerzas - por conservador que fuera-, de un buen funcionario de la carrera diplomática, como parece que fue Serrat, que despreciaba profundamente la arbitrariedad como norma de comportamiento.

Serrat acabó como refugiado en Suiza, y como no obedeció las órdenes de regresar a España –al fin y al cabo, había sido cesado y nada le obligaba a hacerlo- se le abrió expediente de depuración bajo la acusación de ser enemigo del Movimiento Nacional y del nuevo Estado. Viñas supone que en todo ello estuvo el celo vengativo de los hermanos Franco, especialmente de Nicolás. Pero también apunta Viñas a que en el amargo final de Serrat pudo tener que ver un hombre muy ligado a Nicolás Franco, José Antonio Sangróniz. Él probablemente fue –supone Viñas– el que le tendió la trampa que llevó a que Serrat fuera perseguido por los Franco.

Quizás por eso, Francisco Serrat conservó, hasta que regresó enfermo a Madrid en 1950, algunos documentos comprometedores para Nicolás Franco, que mantuvo en su poder para su propia protección, sin que jamás los reprodujera ni se sepa al día de hoy qué pudo ser de ellos, según afirma Ángel Viñas al término de su completo estudio.

El de Serrat es un caso único en la diplomacia española, concluye Viñas: “en cuestión de meses pasó de ser el número uno de su escalafón y protoministro de la dictadura emergente a un apestado al que persiguió una justicia militar ineficiente y corrompida”.